

«¿Y por qué haces eso, si, segun dicen, ese árbol no da fruto hasta los cien años?» A lo que él dijo: «Serenísimo Rey, tú ves muchos árboles de éstos no plantados por mí, cuyos frutos gozo, y por eso siembro esta palma, para que muerto yo, los que me sobrevivan cojan su fruto.» El Rey dijo entónces: «Ya te entiendo, tú no sólo cuidas de tí, sino de la posteridad; y por tu justa solicitud y cuidado, yo te llevaré conmigo y te pondré en alto lugar.» A este hecho atribuyen su origen los Condes que segun dije vimos en Francia.

Carta española.

Los diputats del General del principat de Catalunya residents en Barcelona. Als nobles, magnífichs é honorabls, tots é sengles Capitans así generals com particulars, gents darmes, caballers de la geneta, les armes exercints per lo dic principat, jurats, consols, regidors é prohomens de ciutats, viles, castells é lochs de obediencia del Serenísimo Senyor nostre lo Senyor Rey é á nostres deliberacions adherants, salut. Con lo Egregi é gran baró lo Sinyor don Leo de al Rosita y Banna (1) de la

(1) Así están estos apellidos en el texto.

Ilustrísima Regina de Bohemia germano ab sa companya precant lo mon sie arribat en la present ciutat de Barcelona se pertine de aquilla bulle é entene andar la via de Pepenya; per so considerants la gran casa don es y que ab si aporte la divisa ó em..... del Serenísimo Senyor Rey don Johan primogenit nostre, Duch de Calabria y encara ia ab ell per conduhir hun araud del Ilustrísimo monsir de Chaloyls al qual molt desciam complaure, al tenor del presents vos pregam é encarregan quant mes poden que lo dic don Leo ab tota su companya lexen passat liberament fahentli bona companya sine contradiccio alguam. Datum en Barcelona á dos de Nohembre lay de la Nativitate de nostro Senyor MCDLXVI (1).

COLOM ARCEDIAM.

De Barcelona hay tres millas á Mamoleu (Mammoleum), que es un lugar rodeado por una parte de selvas y lagunas, y por otra, de altos montes. Desde Mamoleu hay seis millas hasta Hostalrich, que es ciudad colocada entre montes y dominada por un castillo, junto á la cual corre el rio Tordera. De Hostalrich á

(1) Aunque hay muchas incorrecciones en el texto de esta carta, las respetamos por que desconocemos su original.

Gerona (ántes Gerunda) hay cinco millas; esta ciudad tiene un castillo; por un lado da á un llano y por otro á unos montes, entre los cuales se ve otro castillo; bañan los muros de Gerona dos rios, el mayor de ellos es el Ter, que tiene un puente de piedra, y el otro se llama el Fluvia (Fluvina), que riega la ciudad por diversas partes. De Gerona hay cinco millas de camino hasta Figueras, ciudad puesta en un llano y rodeada de amenos jardines y de florestas pantanosas; dista nueve millas italianas de Perpiñan, que es una ciudad con castillo, bañada por el Ter, en que tiene un puente de piedra no largo.

Cuatro millas ántes de llegar á esta ciudad acaba Cataluña y empieza una provincia que se llama el Rosellon, sujeta al Rey de Francia, pero la tiene empeñada al Rey de Inglaterra por trescientas mil coronas (coronatorum); no es grande esta provincia y confina con Francia, Cataluña y Castilla. De Perpiñan hay siete millas á Sigu; esta ciudad tampoco es muy grande, y está situada en un llano junto al mar, pero el Rey de Francia saca de ella, por el derecho de la sal, seis mil coronas todos los años; una corona equivale á un ducado ó á un áureo de Hungría.

FRAGMENTOS DE LA RELACION
HECHA POR TETZEL
dei viaje
DEL BARÓN ROSMITAL POR ESPAÑA.



FRAGMENTOS

*de la relacion hecha por Tetzal del viaje
del baron Rosmital por España.*

LLEGAMOS á los estados del Conde de *Harr* (Haro), cuya capital se llama tambien Haro. El Conde honró mucho á mi Señor, lo proveyó de todo lo necesario, tratándolo espléndidamente, y se maravilló sobremanera de que viniese desde tan léjos. En sus tierras y hasta en su córte hay cristianos, moros y judíos. A todos los deja vivir en paz en su fe. Dicen que el Conde es cristiano, pero no se sabe la religion que profesa. Mi Señor permaneció allí hasta la fiesta de San Juan y un dia despues, y perdió entónces su mejor caballo de batalla. En aquel lugar mora un pueblo asesino y malvado, que tuvo contiendas con nosotros, no pudiéndose vivir con seguridad ni de dia ni de noche y siendo preciso tener siempre embrazado el escudo.

Desde allí, con gran calor, cabalgamos por montes muy altos dias enteros, sin ver casas ni gente, y llegamos á un puente cuyo paso nos impedian cristianos, judíos y moros, si no dábamos cierto dinero. Atacámosles, pues, y nos abrimos paso entre ellos. Saliéronnos luégo al encuentro en un estrecho sendero abierto en la montaña y nos hicieron mucho daño con sus ballestas y dardos, disparando tambien contra ellos los nuestros que llevaban ballestas. Al cabo nos apuraron tanto y se reunieron en tan crecido número, que mi Señor hubo de pagarles el portazgo, como ellos decian, para que nos dejasen seguir en paz (1) nuestro camino.

Luégo entramos por una sierra horrible en donde no se veia gente ni huella humana, ni se encontraba agua, sino rocas desnudas y frias, sin ninguna hierba ni árbol, y llegamos á una de las ciudades principales de España, llamada Búrgos. Los habitantes honraron mucho á mi Señor en la ciudad, y sirviéronle rico vino y dulces y le ofrecieron en una plaza el espectáculo de un combate de toros bravos, que trajeron del campo á unos chiqueros, y

(1) Nótese la diferencia que existe entre esta narracion y la del mismo suceso traducida del texto latino que me parece la verdadera, por ser más verosímil.

los soltaron despues; tenian grandes perros españoles que lanzaban contra los toros; derribábanlos con violencia y los sujetaban el tiempo necesario para que llegasen los lidiadores y los atasen de los cuernos, llevándolos á la carnicería y despedazándolos; y ningun cortador podia despedazar carne de toro y venderla sin haberlo cazado con los perros. Esta es la mejor carne que se come, y la única que hay de animales salvajes. En la ciudad habita un pueblo malvado y asesino compuesto de hombres groseros. Un gran milagro vimos nosotros allí. Fuera de la ciudad, y á la distancia de un tiro de ballesta, hay un monasterio de monjas que tiene señorío y su abadesa es casi un Obispo, y en otro convento de frailes que está en la vega hay un crucifijo del largo y grueso de un hombre, y nadie sabía de dónde habia venido. No está hecho de madera ni de piedra, y el cuerpo se asemeja enteramente á un hombre muerto. Crécenle el cabello y las uñas, y sus miembros se mueven cuando se les toca, y se palpa el cútis que los cubre, y su rostro es terriblemente grave. Los maestros dicen que Nicodémus pidió á Dios cuando lo bajó de la cruz poseer una imágen semejante á la del Crucificado, y que de noche se le apareció el Crucifijo, y lo tuvo largo tiempo en su poder, siendo desde entónces

reverenciado. El día en que nosotros le vimos se verificaron tres grandes milagros: un niño muerto tres días ántes, otro con las dos piernas rotas y un hombre con un carbunco, se pusieron buenos en un día, y así suceden de continuo innumerables milagros.

Hé aquí cómo vino el crucifijo á la ciudad, sin saber nadie de dónde. El año cuatrocientos doce del nacimiento de Nuestro Señor apareció en la mar un buque con las velas desplegadas; viéronle unos piratas y se propusieron robarlo; abordáronlo y no encontraron en él á nadie, ni vieron otra cosa que un gran cofre, y cuando lo quisieron abrir cayeron todos como muertos, de modo que no pudieron abrirlo, aunque se apoderaron del cofre y del buque. Levantóse entónces una gran tempestad, empujándolo con fuerza hácia Búrgos, de donde no pudieron moverlo; así conocieron que esto era milagro y órden divina, y no osaron dejarse ver en público, temiendo ser encerrados en la cárcel de Búrgos, y buscaron un ermitaño á quien llevaron al buque y le enseñaron el cofre pidiéndole consejo. Díjoles éste que en Búrgos habia un santo obispo, de raza judía, al cual le contaria él todo lo ocurrido para que diese su prudente dictámen. Cuando llegaron á visitar al Obispo estaba durmiendo y soñaba que habia un cru-

cifijo en un barco y que flotaba en la mar, y su traza y forma era la de Jesucristo al morir en la Cruz, y cuando el ermitaño y los marineros llegaron á visitar al Obispo y le hablaron del barco y del cofre que estaba en él, el cual nadie habia visto, recordó el prelado su sueño y mandó que confesáran todos los clérigos y seglares y que despues comulgasen, y que con la mayor devocion fuesen todos procesionalmente hácia el buque, y el Obispo con algunos sacerdotes entró en el barco y se prosternaron y arrodillaron delante del cofre. Este se abrió entónces por sí mismo y el Obispo vió allí el crucifijo. Tomole con la mayor veneracion, llevándolo al pueblo y á la iglesia en donde hoy se halla; quisieron los de Búrgos trasladar el crucifijo á su ciudad y se apoderaron de él con violencia y lo depositaron en la iglesia mayor, y siempre que hacian lo mismo en gran procesion, desaparecia de allí por la noche y volvía al monasterio y á la iglesia en donde se encuentra.

Es de saber tambien que el santo Obispo que sacó del cofre la santa cruz (nadie más que él hubiera podido hacerlo) tenía cuatro hermanos, todos los cuales eran judíos en la época del suceso referido, aunque despues no vivieron largo tiempo en esta creencia; todos cuatro se convirtieron á la religion cristiana y

fueron arzobispos en España, y rescataron con sus bienes muchos cristianos del poder de los infieles, y edificaron muchas suntuosas iglesias, y vivieron santamente. El hermano mayor llegó á ser tan virtuoso que el crucifijo habló con él y movió la cabeza en su presencia, y vivió en donde estaba el crucifijo, y repartió todos sus bienes entre los pobres, dotando las doncellas honradas que lo eran y ayudándolas á casarse; y cuando sabía que algun cristiano era cautivo de los infieles lo rescataba, sin reservar para sí nada de sus rentas, no pidiendo á los cristianos á quienes salvaba más que la vestidura que llevaban al rescatarlos. Así es que se ven en la iglesia muchos centenares de vestidos de las formas más extrañas. En otros tiempos habia muchos infieles en Búrgos y en sus cercanías, y ahora tambien hay algunos. Hay ahora tambien en Búrgos muchas grandes iglesias, bellas y suntuosas (1).

En la ciudad reside ahora un poderoso Conde que llevó á su palacio á mi Señor y á sus compañeros, acudiendo tambien hermosas doncellas y señoras ricamente ataviadas á la usan-

(1) Aquí se convierte la tradicion del famoso Cristo de Búrgos en una especie de aventura caballeresca, haciendo intervenir en ella arbitrariamente á uno de los Cartagenas, que parece ser D. Alfonso, hijo de D. Pablo, ambos, como se sabe, Obispos de Búrgos.

za morisca, las cuales, en toda su traza y en sus comidas y bebidas, siguen dicha usanza. Unas y otras bailaban danzas muy lindas al estilo morisco, y todas eran morenas, de ojos negros, comían y bebían poco, saludaban alegres al Señor y eran muy amables con los tudescos.

Desde Búrgos no tomamos el camino ordinario, sino fuimos en línea recta en busca del Rey. Tuvimos, pues, que cabalgar por terrenos eriales, sufriendo calor insoportable por altas montañas, en donde se siente, así en invierno como en verano, pues como no cae ninguna nieve, el sol calienta con exceso. Caminamos algunas jornadas, y cuando llegábamos á villas ó lugares no querían darnos albergue y hubimos de acampar en despoblado. Si deseábamos beber ó comprar pan ó cualquiera otra cosa, había de ser con el dinero por delante, y en cuanto al vino, sólo había el que trasportaban con mulas por medio de las montañas para los hatos y aldeas. Si pedíamos pan, nos daban harina pesada por libras, con la cual y con agua hacíamos una torta y la poníamos sobre cenizas calientes. Si queríamos que comiesen algo los caballos, debíamos salir á buscar hierba y segarla y traerla, y lo mismo sucedía con el grano, que teníamos que pagar caro. Si apetecíamos comer carne, sólo se encontraba de cabra, que debíamos

despedazar y comprar los utensilios necesarios para guisarla, por lo cual creo que hasta los gitanos viven en todos los países mucho más espléndidamente que nosotros en éste. Se encuentran muy pocas gallinas, huevos, queso y leche, pues no hay vacas y se come poca carne, alimentándose la gente sólo de frutos.

En España, cuando viaja por tierra un personaje importante, cabalga él en una mula, y todos sus servidores, con frecuencia en número de treinta ó cuarenta, han de ir á pié al paso de su Señor, andando á veces al dia doce ó catorce millas, y precediéndole algunos. Cuando quiere comer ó dormir han de guisarle y prepararle la comida, y con lo que deja han de contentarse sus criados. Es este un pueblo que sufre bien el hambre y los trabajos. Soportamos nosotros infinitas fatigas los muchos dias que hubimos de pasar entre ellos; veíamos obligados á cuidar de nuestros cuerpos y de nuestras vidas, y á defendernos, porque nos acechaban y nos hubieran asesinado á todos por robarnos. Atravesamos de esta manera un desierto horrible y árido, y llegamos á los dominios de un Conde que no era partidario del antiguo Rey, sino de su hermano más jóven.

Entónces estaban en guerra un hermano

con otro y cada uno queria ser Rey de España, y unos seguian el partido del antiguo Rey y otros el del jóven, y habia muchos disturbios y guerras. Llegamos, pues, á los dominios de un conde secuaz del Rey más jóven. Enfurecióse mucho porque mi Señor llegára á su señorío sin su licencia, y lo condujo hasta las tierras de un caballero que seguia el partido del antiguo Rey. Este mismo caballero llevó á mi Señor á una poblacion distante una milla de cierta ciudad llamada Gabry (Segovia), en donde estaba á la sazón el Rey de España. Quedóse en ella mi Señor cinco dias y envió á los señores Juan Frodner, Pittipeski, Muffel y á mí en busca del Rey, para noticiarle su viaje y pedirle permiso para visitar su reino y para que le acompañase una escolta. El Rey nos dió pronto audiencia, sentado en tierra sobre tapices á la usanza morisca; ofreció á todos la mano y oyó nuestra pretension y cuanto le referimos del viaje de mi Señor, y dijo que debiamos pasarlo mal en la poblacion en donde estábamos, pues era de poca importancia y no se podia vivir en ella con agrado. Quiso, llevado de su amabilidad hácia mi Señor, que pasase á otra ciudad distante cuatro millas de Gabry (Segovia), para recibirlo como debia y darle solemne audiencia. Diputó á mi Señor un caballero que de-

bia acompañarlo hasta la misma ciudad. Y cuando el Rey se marchó de Segovia, condujo este caballero á mi Señor al salon regio, de construccion singularmente suntuosa, en donde el Rey hizo preparar una espléndida comida, y en donde permanecimos dos dias. En la ciudad hay un Obispo poderoso, acaso más que el mismo monarca, que invitó tambien á su palacio á mi Señor y lo honró extraordinariamente. Fuera de la ciudad hay dos iglesias soberbias por su arquitectura y ricos altares. Hay tambien dos conventos de descalzos y de jerónimos. Despues llevó aquel mismo caballero á mi Señor á una villa pequeña llamada Olmedo, en donde encontramos al Rey. Estuvimos en un pobre alojamiento con sólo dos habitaciones en el piso bajo, viéndonos obligados á llevar nuestros caballos fuera de la villa. Sus habitantes son infieles en su mayor parte. El Rey tiene muchos en su córte, habiendo expulsado á numerosos cristianos y cedido sus tierras á los moros. Come, bebe, se viste y ora á la usanza morisca y es enemigo de los cristianos; quebranta los preceptos de la ley de gracia, y lleva una vida de infiel. Al tercer dia dió audiencia á mi Señor; él y la Reina estaban sentados juntos en tierra, y uno y otra dieron á mi Señor y á cuantos le acompañaban la mano, concediendo á mi Señor

cuanto le pidió; habló con él y con cuantos le acompañaban, é hizo algunos regalos á todos y á mí, otorgándonos su órden régia, autorizando al Señor para que la otorgase á otros. La Reina se maravillaba sobremanera de nuestros cabellos, y es una linda señora morena; el Rey no la quiere y no yace con ella, y hasta dicen que no puede haberse con ella como marido. En cambio comete él grandes torpezas. Por esto y por expulsar á los cristianos de sus tierras y apoderarse de ellas, de sus castillos y ciudades y darlas á los moros, se ha levantado en armas el reino, haciendo rey á su hermano. La mayor parte de sus súbditos son partidarios del jóven Rey, por su mayor inclinacion á los cristianos, creyéndose generalmente que el jóven monarca suplantaría por completo al antiguo. Miéntras permanecemos con el Rey y en su córte, tuvimos varios choques con los moros, que deseaban acabar con nosotros. Un dia quisieron penetrar con violencia en la habitacion de mi Señor, pero pudimos rechazarlos. Promovióse entónces un gran motin y vinieron más de cuatrocientos á la casa de mi Señor, y nos forzaron á armar nuestras ballestas y á defender la casa, siendo heridos algunos de los nuestros y algunos de ellos; más al fin huyeron á toda prisa. Atropellaban al Rey cuando querian, y se veia obligado á consen-

tirlo. Hacen de él lo que se les antoja y el Rey nada puede contra ellos. En la córte del Rey luchó el Sr. Juan con un mozo que se tenía por el hombre más fuerte de toda España, y ambos se derribaron en tierra. Y el Sr. Juan no quiso luchar más con él por su fuerza extremada, áun quando era bajo y rehecho.

En nada honró el Rey á mi Señor: no le hizo presente alguno, y ni áun le pagó su alojamiento; creemos que lo hizo por miedo á los moros. Sin embargo, entregó á mi Señor un salvoconducto para todo su reino.

Resolvimos entónces emprender de nuevo nuestra peregrinacion y visitar al jóven Rey, y mi Señor le envió un heraldo, y con un guía nos encaminamos á su encuentro. Quando regresó el heraldo dijo á mi Señor que el Rey se habia encolerizado mucho con él, y que no queria dejarlo pasar ni visitar ninguna de sus ciudades, ni darle escolta, por haber visto al antiguo Rey, tratándolo como á tal: nos mandó que abandonáramos quanto ántes sus dominios, si queriamos salvar nuestras vidas. Es posible que si mi Señor hubiese visitado primero al jóven Rey hubiera sido muy atendido; vímonos, pues, forzados á procurar nuestra seguridad, encaminándonos á Portugal. Hicimos algunas jornadas muy molestas, albergán-

donos miserable y pobrementemente, y llegamos la noche del día de Santiago á una gran ciudad del antiguo Rey, llamada Salamanca. Hay en ella un Obispo muy poderoso y muy lleno de temor de Dios, que celebró suntuosamente la fiesta de Santiago y dijo él mismo la misa. Tambien hay cristianos ortodoxos en esta ciudad, y la gente más piadosa que se puede encontrar en toda España. Reconocen por su Señor al antiguo Rey; pero cuando quiere algo que no les parece regular, no le obedecen, confiados en lo mucho que pueden.

El Obispo tributó á mi Señor muy grandes honores, y proveyó su alojamiento de cuanto podia necesitar. Y sus caballeros y servidores, así como los más poderosos de la ciudad, ofrecieron á mi Señor un espectáculo. Tenian toros bravos que traian á la plaza, y montados en caballos muy ligeros, disparaban contra los toros dardos que llevaban, distinguiéndose el que estaba más tiempo á caballo y clavaba más dardos. Y se encolerizaban los toros, que corrian tras ellos, y los acosaban de manera que aquel día se llevaron dos hombres como muertos. Despues que se terminó la corrida pelearon entre sí, y se dispararon sus lanzas, parando los golpes con sus escudos, como suelen hacerlo los moros cuando combaten, no habiendo visto en mi vida caballos ni gente

más ágil (1). Montan con los estribos muy cortos, y llevan las rodillas casi sobre la silla, como hacen los moros. Mi Señor y nosotros estuvimos en una casa con otros de la ciudad, y desde ella vimos el espectáculo, y habia allí con nosotros bellas mujeres, que bebieron y comieron y se regocijaron.

Hay tambien en la ciudad de Salamanca una *escuela superior*, creyéndose que en toda la cristiandad no hay hombres tan sabios como en esta ciudad.

Desde allí pasamos un río que sirve de límite á España: en cuanto se llega á la otra orilla se entra en el reino de Portugal.

Y envió delante mi Señor á Frodner y á Gabriel Tetzal hácia Santiago para pedir escolta. En aquella sazón habia allí mucha guerra: un poderoso señor habia acampado delante de la iglesia. Con él estaban los de Santiago y tenían la iglesia enteramente cercada, tirando tiros de pólvora y contestando los de dentro. Y el señor y la gente de la ciudad tenían prisionero en un castillo, fuera de la población, al Obispo; y la madre y el hermano del Obispo y un cardenal estaban encerrados en la iglesia. La gente de la ciudad y el señor mencionado, enemigo del Obispo, habian ataca-

(1) Es claro que aquí se trata del juego de cañas.

do la iglesia el mismo dia de Santiago. El señor fué el primero que dió el asalto, siendo herido con una flecha que dispararon desde la iglesia, penetrando en su cuello, de suerte que se le inchó, falleciendo despues. Nadie fué herido más que él, aunque dieron el asalto sobre cuatro mil hombres, por cuyo razon se creia que lo habian castigado Dios y Santiago, siendo herido él solo; nadie pudo extraer el dardo ni curarlo. Frodner se acercó y le dijo que le haria un emplasto para sacarle la flecha. Hízolo así y lo aplicó á la parte herida; pero como debiamos escoltar á mi Señor y acompañarle á la vuelta, conseguimos de los de Santiago y del señor herido, con la mejor voluntad del mundo, que nos diesen permiso para entrar en la iglesia. Sin embargo, los que estaban en ella, la madre y hermano del Obispo y el Cardenal, ni quisieron darnos licencia ni que mi Señor entrase: decian que éramos enemigos suyos y de la iglesia y de Santiago, por haber querido socorrer á sus enemigos y extraer la flecha al herido, castigado por Dios y por Santiago como habiamos visto. Añadieron que habiamos incurrido en la pena de excomunion mayor, molestándonos bastante que mi Señor hubiera de partir sin que se le permitiese ver la iglesia. Para remediar este contratiempo hablamos con cierto caballero,

el cual consiguió del hermano y de la madre del Obispo y tambien del Cardenal, que se permitiese visitar la iglesia á mi Señor con su séquito, excepto á Frodner, por haber intentado extraer la flecha al señor herido. Añadieron ademas que todos estábamos excomulgados, y que ántes de entrar debian absolvernos de nuestro pecado. Mi Señor llegó el dia siguiente. El mismo dia hicieron ambos partidos la paz, obligándose á honrar á mi Señor, sin duda porque pensaban que haria un gran regalo á la iglesia, y el mismo dia dejaron que mi Señor entrase por una puerta, obligándonos á todos á ir descalzos por el atrio de la iglesia, donde nos arrodillamos.

Entónces vino el Cardenal en procesion con muchos sacerdotes; nosotros nos descubrimos, el Cardenal purificó á mi Señor y á todos sus compañeros, y estuvo leyendo muchas oraciones delante de nosotros; despues todos con cirios encendidos recorrimos la iglesia de Santiago. Mi Señor rogó entónces que se dejase entrar á Frodner, que hubo de sujetarse tambien á la indispensable purificacion.

Despues nos acercamos al altar de Santiago, dentro del cual se encuentra su cuerpo. Ofreciéronnos en seguida un asiento en una capilla pequeña y allí nos enseñaron la cabeza de Santiago el Menor, un trozo de la Santa Cruz

y de la corona de espinas, y otras muchas reliquias notabilísimas. En la capilla estaban colgadas las armas de los señores y adalides del país. Mi Señor y su séquito dejaron también las suyas. Lleváronnos de allí y nos enseñaron una cadena que habia servido á Santiago. Y si cualquiera se refugia allí en busca de asilo y rodea su cuerpo con ella, queda libre.

La iglesia de Santiago es bella y vasta, con ricas columnas de piedra de cantería. Habia en ella caballos y vacas; todos tenian allí habitacion y se guisaba y se dormia dentro. Presentáronnos despues á la madre del Obispo, mujer alta y seca; quejóse á mi Señor de sus penas, pues que su hijo, el Obispo, estaba preso, y aseguró que moriria ántes que entregar la casa de Dios. Se creia que en la iglesia existiesen grandes tesoros. La madre del Obispo tenía consigo al hermano de éste, jóven de unos ocho años.

Tambien hay fuera de la ciudad un templo pequeño, que se cree del tiempo de Santiago y en donde residió casi siempre miéntras predicaba en Galicia. Á pesar de sus predicaciones, no pudo el Santo convertir más que dos hombres en vida, aunque á su muerte se hizo cristiano todo el reino. Un dia se alejó Santiago unos tres tiros de ballesta y se sentó en una piedra, y comenzó á llorar y á lamentarse

por no haber podido convertir más que á dos hombres, y aquejándole la sed hirió con su báculo la tierra, brotando una hermosa fuente, que subsiste todavía cerca de la ciudad, creyéndose que siempre bebia en ella cuando tenía sed. Mi Señor y todos nosotros bebimos tambien esta agua.

Santiago es una ciudad bella, no grande, y sus habitantes son muy piadosos, aunque estuvieran á la sazón en guerra con la iglesia y con el obispo.

Desde Santiago fuimos á Finisterre, como le llaman los campesinos, palabra que significa el *fin de la tierra*. No se ve más allá sino cielo y agua, y dicen que la mar es tan borascosa que nadie ha podido navegar en ella, ignorándose por tanto lo que hay más allá. Dijéronnos que algunos, deseosos de averiguarlo, habian desaparecido con sus naves y que ninguno habia nunca vuelto.

Regresamos, pues, á Santiago, y desde aquí nos encaminamos á una villa distante cuatro millas, llamada Padron. Allí nos anunciaron que el señor herido en el asalto de la iglesia de Santiago habia muerto. Entónces el hermano y los amigos suyos y los habitantes de la ciudad, habian llevado al Obispo ante la iglesia para que lo viesen su madre, su hermano y el Cardenal y cuantos habia

en ella, decapitándolo en su presencia (1).

En la misma villa de Padron habia habitado tambien Santiago, y allí habia aportado milagrosamente su cuerpo, y hecho muchos milagros en vida y en muerte, y habiendo querido llevar su cuerpo del Padron, colocáronlo sobre una carreta tirada de bueyes y en donde se pararon los bueyes se edificó la iglesia de Santiago, no habiendo sido posible moverlos por más tentativas que se hicieron, guardándose el cuerpo en donde ahora está la iglesia de Santiago, y á nadie es dado moverlo de allí ó trasladarlo más léjos; y por esto se edificó en aquel lugar la iglesia y la ciudad de Santiago.

En la villa de Padron hay una gran piedra que se ha cubierto de agua por órden del Papa, porque los peregrinos se llevaban grandes trozos, y todavía se ve muy bien en el agua. En esta misma piedra vino por la mar el cuerpo de Santiago, y siempre sobrenadaba. Todavía se ve en la piedra la huella de su cuerpo, que ha quedado impresa milagrosamente como en cera. Algunos creen que Santiago murió allí, llegando por mar hasta Padron, y otros creen que fué crucificado y que murió en Jerusalem.

(1) Esto no es exacto, pues el arzobispo Fonseca murió de muerte natural algunos años despues.